

Capítulo 1

Hugo Mocha era el individuo más sucio, gordo e imbécil que había conocido hasta el momento... Aunque bien es cierto que por aquel entonces yo apenas tenía quince años y toda la vida por delante, por lo que tal vez no sea decir mucho. Aún tenía demasiadas cosas que ver, todo un mundo que recorrer y, lamentablemente, muchos más imbéciles que conocer.

Cuando uno es adolescente todas las experiencias son más intensas; los amores son más apasionados y los odios son más viscerales. Siempre he pensado que eso es debido a que no existen suficientes experiencias con las que comparar y que, al volverse adulto e ir acumulando vivencias, uno se va dando cuenta de lo que consideraba un mundo en realidad no era para tanto. Con la edad uno puede relativizar todo: nadie es tan malo, bueno, tonto o listo. Aun así, teniendo en cuenta esto, jamás habría creído que, aunque fuera a conocer otros muchos imbéciles después de Mocha, nadie le acabaría poniendo tanto entusiasmo como él.

La habitación que nos había sido asignada no tenía nada de especial. Todos aquellos zulos donde nos metían a los novatos eran poco más que madrigueras de ratón; unas pequeñas cajas para humanos sin ningún otro objetivo que el de poder descansar unas horas antes de volver a la faena. Nuestro compartimento estaba compuesto por dos camastros paralelos, separados por un estrecho pasillo y una pequeña ventana. En teoría, cada uno de nosotros disponía de un baúl propio; una roñosa y mohosa obra de carpintería encontrada en el fondo de algún pantano. Estaba colocado a los pies de la cama y era el

único espacio que teníamos para guardar los pocos objetos que nos dejaban llevar. Digo «en teoría» porque en mi habitación solo había uno, y como Mocha tenía un rango superior al mío y me sacaba un par de años, estaba repleto de sus cosas.

Por supuesto, todos sabíamos que la vida militar era dura; ninguno de nosotros estábamos allí por las comodidades. Sin embargo, yo contaba con el aliciente de compartir cuarto con la peor catástrofe humana de nuestra división. Eso hacía que sintiera una especial justificación para quejarme aún más intensamente que el resto de mis compañeros.

De entre todos los problemas de convivencia que resultaban de compartir cuarto con Mocha, el que más atentaba contra mi salud mental era que roncaba como un motor de gasolina con las piezas oxidadas. Nunca había tenido problemas para dormir con ruido, pero aquello sobrepasaba cualquier límite de tolerancia. Aquel sonido gangoso y gutural que escapaba de lo más grasiento de las entrañas del compañero me hacía perder la cordura durante toda la noche. Por las mañanas, me despertaba agotado y con la mente vapuleada, demasiado cansado para realizar cualquier tarea que tuviera asignada.

Había acabado en el ejército porque nunca había tenido interés por ninguna profesión ni había sido demasiado brillante en los estudios. Y ni falta que hacía. Al fin y al cabo, esa es la actitud que mamas si tu propio padre —un buscador de segunda y un paleto de primera— era tu mayor ejemplo a seguir. El viejo se dedicaba a recorrer los territorios de más allá de las fronteras en busca de comida, armas, maquinaria o combustible. Es decir, como muchos en nuestro Toledo natal, se dedicaba a encontrar cualquier cosa que fuera útil para usar o para vender. No quiero decir que aquel modo de ganarse la vida no fuese respetable; ni mucho menos. De hecho, si se quería durar en el negocio era necesario tener un físico, una inteligencia y una prudencia que mi padre no tenía ni de refilón. Acabó mordido por un zeta a las afueras de Badajoz tratando de cargar su caballo con más de cien litros de gasolina. Yo tenía ocho años.

Después pasé por el colegio sin pena ni gloria y al cumplir mi primera década de vida, mi tío, harto de tener que cargar conmigo tras la muerte de mi padre, me hizo ingresar en la Academia Militar. Aquel fue mi hogar durante los siguientes cinco años de mi vida.

Uno podría pensar que eso podía suponer un gran cambio para un niño. Pero lo cierto es que en la Academia nos enseñaban prácticamente lo mismo que en el colegio, solo que además nos hacían desfilar, limpiar y correr como idiotas. Excepcionalmente nos enseñaban a disparar, pero como la munición era un bien demasiado escaso ypreciado, nos contentábamos con aprender a limpiar, montar y desmontar nuestras armas.

No es que estuviéramos en guerra con nadie... Es decir, con ningún otro estado. De hecho Toledo, la capital de la Nueva Mancha, era el terreno más seguro que podía haber en varios kilómetros a la redonda, pacificado incluso desde antes de que mi padre naciera. Por ello, como muchos otros chicos de mi promoción, no podía evitar tener la sensación de que lo único que hacíamos allí era perder el tiempo. Aunque tampoco me importaba demasiado.

En realidad, podría haber seguido perdiendo tranquilamente el tiempo durante varios años más si no hubiera sido por un caprichoso giro del destino: un encontronazo que tuve con otro cadete en mitad de un acto oficial. Ni siquiera recuerdo del todo qué pasó; iba distraído, entonces debí pisarlo en mitad del desfile y este tropezó. Lo único que puedo decir es que, antes de que me diera cuenta, aquella marcha marcial milimétricamente coreografiada se convirtió en una nube de golpes y patadas. Conmigo en el centro de todo.

Fue un accidente sin maldad, provocado por mi tendencia natural a despistarme. Sin embargo, aquello fue lo peor que pude hacer, pues el nombre de Alexis Campoy —mi humilde y hasta entonces anónima identidad— apareció por primera vez en el radar de Ángela Garza; también conocida como la Castigadora Implacable, la Muerte Encarnada o, simplemente, la Bruja. Si

esta no hubiera reparado en mi existencia, quizá mi vida habría sido mucho, pero que mucho más sencilla.

La Bruja era prácticamente la máxima representación del poder militar en toda la Nueva Mancha y el resto de territorios liberados. O, al menos, la máxima a la que podías poner cara. Nunca llegué a aprenderme la larga lista de títulos militares que ostentaba esa mujer; en parte porque era absurdamente larga, y en parte porque ni siquiera tenía claro el significado de la mayoría de ellos. Sin embargo, eso era algo que no importaba. Lo único que sabíamos los cadetes era que la Bruja mandaba, los suboficiales comunicaban y se acataba todo lo que ella decía.

Por ello, uno podría pensar que un cargo tan alto jamás prestaría atención a los quehaceres de lo más bajo y miserable de nuestra gran familia militar. Sin embargo, a pesar de tener tres, cuatro o veinte cargos intermedios en la cadena de mando para llegar desde el cadete promedio hasta Nuestra Señora, esta se sabía tu nombre, tus horas de sueño acumuladas durante la última semana y lo que desayunaste el día de tu primera comunión.

En cualquier caso, y como era de esperar, llamar la atención de Garza gracias a una pelea con un cadete en un acto oficial —en la que ni siquiera contribuí con un mísero puñetazo— no supuso ningún incentivo para mi incipiente carrera militar... Las horas de desfiles, carreras, ejercicios y noches en el calabozo se triplicaron, los gritos y menosprecios de los superiores se intensificaron, tanto en amplitud como en frecuencia, y pronto el resto de cadetes me conocían y me tenían como un alma en pena que traía la mala suerte con solo la proximidad. Al menos, eso fue así hasta que encontraron un destino mejor para mí; me trasladaron a Albacete.

En aquellos días, la Nueva Mancha estaba en pleno proceso de expansión. Apenas en unos años habíamos ocupado, liberado y limpiado más territorio que en las décadas que siguieron a la Gran Contaminación. Las colonias empezaron a proliferar, la gente empezó a acostumbrarse a la abundancia y nuestra bandera —el noble sentado con una espada en la mano; un

símbolo que tan solo había empezado a tener acogida en los últimos años— empezaba a ondear cada vez más lejos de casa. Por supuesto, aquella era la parte buena; la parte mala era que alguien tenía que hacer el trabajo sucio para adaptar los nuevos territorios conquistados para los colonos... Un trabajo más requerido que nunca, atractivo como nada y destinado para los compañeros caídos en desgracia; a menudo por crímenes más graves que el mío. En esas estaba cuando llegué a Albacete: la ciudad acababa de ser ocupada —apenas unas semanas antes de mi llegada— y aún tenía que purgarse, limpiarse y reconstruirse.

El trabajo de limpieza era más duro de lo que jamás pude imaginar, pero cualquiera que tuviera una mano y medio cerebro era necesario para colaborar en las tareas más variadas, desde la construcción hasta la caza de contaminados. Varios años antes de que yo naciera hubo un terremoto que prácticamente tiró todo lo que la humanidad había puesto en pie. En Toledo se reconstruyó todo, pero en Albacete los escombros no se habían movido ni un centímetro desde hacía décadas... y eso era un engorro. Siempre había que hacer algo y apenas teníamos tiempo para formar, correr o entrenarnos. Aquello era más parecido a ser un soldado de verdad.

Pese a la dureza de las condiciones, no todo fue tan malo. Imagino que el hecho de que la Bruja ostentara un cargo tan elevado se debía a que no tenía ni un pelo de tonta, y no únicamente por su intensa y sana crueldad. La verdad es que nos metieron en cintura; a mí y a todos los vagos, rebeldes y maleantes que habían trasladado conmigo. Gracias al trabajo duro notaba cómo la disciplina empezaba a colarse por mis poros y pulmones, se abría paso entre la maraña entretrejida de venas de mi cuerpo y anidaba, poco a poco, en mi interior. Mi corazón y mi estómago empezaron a recubrirse de un armazón de metal mate y orgulloso que crecía y se alimentaba de frío, lluvia, horas de esfuerzo sobrehumano reconstruyendo parte de lo que fue nuestra civilización. El trabajo duro me estaba haciendo un hombre... O eso quería creer.

Es decir, así me sentía hasta que me metía en el cuarto para dormir y me encontraba con Mocha.

Puedo asegurar que notaba cómo aquella capa de metal templado que recubría mis órganos y ensanchaba mi pecho se resquebrajaba un poco cada vez que mi compañero soltaba alguna de sus tonterías. Con cada risa estúpida, respiración y flatulencia sentía que las ganas de matar se retorcían dentro de mí y se filtraban ansiosas entre los resquicios de mi poco forjado orgullo de soldado. Jamás le pregunté qué había hecho para estar allí, pero estaba casi seguro de que Garza estaba al tanto de todo aquello; algo me decía que ella misma nos había juntado a ambos, eligiendo la peor combinación posible para mi salud mental, orquestado todo como una prueba de fuego para detectar si el metal que empezaba a crecer dentro de mí era de buena calidad o era de los que se resquebrajaba con la presión. Pasé demasiado tiempo intentando demostrar que estaba hecho de lo primero.

También pasé muchos días dándole al coco, pensando si la estupidez de Mocha era legítima o, en realidad, era todo parte de una pantomima... O bien Mocha era el ser más estúpido del planeta, o bien el ejército de la Nueva Mancha mantenía a actores en nómina para castigar a soldados insurrectos como yo. Finalmente, pese a que la segunda opción resultaba más tranquilizadora para mantener mi fe en la humanidad, tras varios días y semanas de insoportable convivencia, llegué a la conclusión de que la estupidez de mi compañero era inequívocamente genuina.

Como iba diciendo, Mocha no me dejaba dormir. Cada noche se abrían las puertas del infierno en sus pulmones y yo, mientras tanto, con los ojos cerrados, imaginaba cómo el propio príncipe de las tinieblas y todas las alimañas de su ejército montaban una gran fiesta hasta el amanecer. Aquello pasó factura a mi rendimiento durante las actividades del día, haciéndome de nuevo ganar en gritos y desprecios de los superiores y aumentando las probabilidades de que sufriera un accidente, pues los derrumbamientos y los zetas escondidos que aún no habían sido eliminados estaban a la orden del día.

Por suerte, todo eso cambió cuando me enteré de que era posible solicitar un puesto en la franja nocturna de trabajo. Así, en cuanto lo pedí y me lo concedieron, todo empezó a ir a mejor.

Trabajando de noche se vivía bien. Básicamente nos encargábamos de vigilar el perímetro y lo único que había que hacer era tomar posición en uno de los edificios periféricos de la ciudad y esperar a que apareciera algún zeta por el horizonte para volarle la cabeza. Es decir, podía por fin utilizar un arma de verdad para disparar a contaminados de verdad.

Aquello era divertido, pero la mejor parte era que las guardias se realizaban en grupos de tres o cuatro personas. Así, mientras los zetas no hicieran acto de presencia, matábamos el tiempo jugando a las cartas, bebiendo a escondidas o dormitando. Con mi nueva rutina me acostaba al amanecer, cuando Mocha se estaba despertando para comenzar su turno de trabajo, y me despertaba pasado el mediodía. Cada noche cambiábamos de azotea para equilibrar las cargas de trabajo de los centinelas, pues los contaminados parecían preferir llegar por ciertos caminos. También cambiábamos de compañeros de guardia para hacer equipos lo más equilibrados posibles. De esa manera, pasando a veces hasta ocho horas sin otra cosa que hacer que matar el tiempo, tuve la oportunidad de conocer a muchas otras almas en pena.

Había desertores frustrados, contrabandistas reincidentes, alborotadores natos, inútiles patológicos y, en general, soldados que no estaban demasiado bien de la olla. Una vez conocí a un cadete que había sido acusado de robar suministros del ejército para destilar bebidas alcohólicas que preparaba en una cubeta escondida en los vestuarios. Me estuvo toda la noche hablando de su proceso de fabricación y de cómo ciertos superiores estaban al tanto de sus actividades —a cambio de los correspondientes donativos en especie—, hasta que uno de ellos decidió destapar la liebre cuando se hartó de castigar su hígado con aquellos venenos y se le acabó el negocio. Era un chico agradable con el que volví a coincidir en varias de las rotaciones. Al final, con ese nuevo estilo de vida acabé conociendo mucha

gente y de todo tipo. Sin embargo, el más memorable de todos ellos, sin duda, era Prieto.

Fernando Prieto era un veterano cuya edad caía en un rango entre viejo y viejísimo. También andaba un poco ido de la cabeza. Según mis propios cálculos, debía ser mayor que la madre de mi abuela... Más viejo que la propia Gran Contaminación, si hacíamos caso a las barbaridades que soltaba por su desdentada boca. Cómo había acabado en Albacete era un misterio; ninguno de los demás cadetes y soldados sabíamos qué diablos había podido hacer el pobre Prieto, a su edad, para estar liberando territorios infectados, acudiendo día tras día a pasar frío y matar zetas desde una azotea. Si la vida fuera justa, Prieto debía pasar sus últimos días en una cama rodeado de sus nietos y bisnietos mientras les contaba historias de su juventud. Sin embargo, ahí andaba el hombre; contándonos las batallitas a nosotros y reventando más cabezas de contaminados que todos los demás juntos.

Prieto me caía en gracia por dos cosas; una, porque era una excelente pareja de cartas, y dos, porque contaba unas incomprensibles historias con una pasión que, aunque no entendieras ni una palabra de lo que te decía, te mantenía absorto durante toda la noche.

Durante aquella guardia me había tocado trabajar con Prieto. Nos encontrábamos charlando junto a un improvisado fuego que arrojaba más luz que calor. Era primavera y el verano estaba a la vuelta de la esquina, pero el invierno se negaba a marcharse del todo y se podía notar cómo el frío aún se aferraba a la noche. Junto a nosotros se encontraba un cadete recién llegado de la capital; gordo, de aire inocentón y con una apariencia excesivamente más infantil de lo que le convenía. Llevaba el pelo rapado al estilo de los que éramos cadetes, pero en su caso le quedaba especialmente mal porque dejaba ver al detalle la forma de pepino de su cráneo, cosa que lo hacía más feo de lo que ya era.

Se llamaba Olivera y era el típico cadete al que todo el mundo tomaba como carne de bromas y burlas. Sin embargo, por alguna extraña razón, yo le había cogido cariño de primeras. Olivera era hablador y agudo si le dabas la oportunidad de serlo, y aunque se lo pregunté varias veces, también prefirió guardar en secreto el motivo que le había llevado hasta aquella frontera de la civilización. En cualquier caso, ni una hormiga lo habría podido ver como alguien peligroso.

Aquella noche estábamos contándonos historias alrededor del fuego... O, más bien, Olivera y yo escuchábamos mientras Prieto deliraba en voz alta. De cuando en cuando lanzábamos alguna mirada al tranquilo horizonte para que no se dijera que no estábamos cumpliendo nuestro cometido.

—...y entonces hablé con ellos. Les dije que teniendo los miles de *followers* que tenía, lo mínimo que tenían que hacer era invitarme.

Prieto gesticulaba y enfatizaba palabra por palabra. Por nuestra parte, nosotros actuábamos como si estuviéramos entendiendo algo.

—Estábamos en la fiesta de inauguración de lo que iba a ser el local más glamuroso de la ciudad. —Prieto marcó un silencio expectante mientras señalaba la cara sonrosada de mi compañero—. Y la cosa es que, para los mierdecillas que habían invitado, podían darse con un canto en los dientes porque yo hubiera decidido ir a cubrir el evento. —Dio una calada a su cigarrillo— ¡Y me quisieron cobrar la copa!

El veterano soldado paró de hablar y centró toda su atención en el cigarrillo que sujetaba entre las manos, algo que hacía habitualmente cuando intentaba recordar algo. Mientras, yo me preguntaba por qué sitios vagaba su pérvida y descompuesta mente.

A aquellas alturas, ya dominaba a la perfección el sutil arte de fingir interés por un discurso sobre el cual no había entendido ni palabra. Tal vez simplemente era bueno haciendo aquello porque me gustaba; me entretenían las locuras del viejo Prieto. Por el contrario, el pobre Olivera, más verde que un pimiento

crudo, aún no conocía demasiado bien al veterano del grupo y en su hinchada e infantil cara no podía evitar reflejar, como en un libro abierto con dibujos para niños, que no entendía absolutamente nada de lo que decía el viejo.

—¿Qué es un *follower*? —preguntó tímidamente Olivera.

Prieto apartó la vista de su cigarrillo, despertando de sus ensoñaciones, y fijó sus amarillentos ojos en lo más profundo del alma de nuestro nuevo compañero. Este se arrebujó sobrecogido en su abrigo. Yo ya sabía lo que venía.

—Los jóvenes no tenéis ni idea del mundo. —Escupió. La desgarrada voz del anciano añadía un toque extra de amargura a sus palabras—. Vivís como animales y no hacéis nada para dejar de serlo. Buscáis entre la basura y os quejáis de esta mierda que llamáis frío. Mírate —señaló a Olivera de manera exagerada—: estás tiritando. Esto en mi época era una noche a la fresca en verano. —Aspiró otra calada del cigarro—. No tenéis ni puta idea. Pero la culpa es...

Sonreí. Me dejaba llevar por las palabras de Prieto como quien se deja mecer por el viento. Nunca sabías por qué dirección iba a venir la siguiente ráfaga de palabras —o insultos— sin sentido; yo simplemente la disfrutaba sin buscarle explicaciones. A veces, sencillamente, desconectaba sin que el viejo se diera cuenta. A decir verdad, yo tampoco sabía lo que era un *follower* ni muchas de las tonterías que se mencionaban con tanta frecuencia; era casi como si Prieto hablara en otro idioma. Pero si tuviéramos que preguntarle por cada término que no conocíamos no acabaríamos en la vida.

—...y es por eso por lo que la sociedad está patas arriba. Nos han hecho volver a la edad de piedra. —El viejo escupió de nuevo—. Cabrones.

Entonces Prieto se quedó de nuevo en silencio. Olivera me miraba de reojo, intentando captar alguna indicación sobre cómo comportarse a continuación, o bien preguntándose cómo podía aguantar semejante sarta de imbecilidades con mi cara de beato.

—¡Tú! —Prieto señaló agresivamente a Olivera. Su dedo temblaba—. ¿Qué sabes hacer? A parte de sentarte aquí como un gordo y ver pasar las horas.

—¿Yo? Bueno —balbució—, sé arreglar cosas; estoy aprendiendo para ser constructor. —Olivera se quedó pensativo un momento antes de continuar—. También sé coser y cocinar.

De repente, Prieto empezó a sufrir lo que parecía ser un ataque de tos con muy mala pinta. Sin embargo, la experiencia me decía que aquel macabro espectáculo de sonidos y esputos no era más que una desagradable carcajada.

Olivera no sabía ya dónde meterse.

—¿Sabes mandar un *email*? —preguntó el viejo, haciendo un esfuerzo tras recobrar la respiración.

Olivera me miró, confuso, antes de responder.

—Un... ¿Qué?

Prieto volvió a carcajearse de aquella gracia que había tomado forma en su mente y que el resto de los mortales no acabábamos de comprender. Yo, por mi parte, sonreí como un traidor. Decidí devolver la situación a sus sanos cabales antes de que mi inocente compañero decidiera tirarse por la azotea o acabara matando al viejo.

—Oye, Prieto. ¿Por qué no nos cuentas de nuevo lo de aquella fiesta del instituto?

Olivera me miró preocupado, como si me hubiera unido al viejo en su viaje a la locura. Sin embargo, yo sabía que aquello era terreno seguro; Prieto podía pasarse horas hablando de sus cosas en lo que él llamaba *el instituto*. Eran sus historias favoritas.

El viejo pareció olvidarse de mi compañero y enfocó sus ojos en mí. Vi cómo se le iluminaba la cara. Entonces arrancó de nuevo.

—Pues veréis, estábamos terminando la tercera evaluación y las pruebas de acceso a la universidad estaban cerca. La gente estaba como loca y las redes sociales ardían porque había habido una filtración de un examen, aunque no estaba claro si era verdadera o falsa. La cosa es que mi novia nunca se tomaba un

solo minuto de descanso para dejar de estudiar. Entonces fui y le dije...

De repente paró de hablar, agarró el fusil y disparó al horizonte en el tiempo que uno tarda en parpadear. Olivera y yo brincamos del susto, pero tardamos medio segundo en reaccionar y situarnos en posición. Cargamos nuestras armas y asomamos la cabeza por encima del muro de la azotea.

Nuestro edificio —un bloque de apartamentos semiderruido— marcaba la línea en la que la ciudad dejaba paso al campo. Un descampado irregular y descuidado se abría ante nosotros; una extensión de tierra plagada de zarzas, hierbajos y chatarra inútil que se acumulaba entre pequeños montículos. A veces, los zetas se quedaban atascados entre tanto residuo y gemían frustrados. Entonces nosotros los liberábamos de su sufrimiento con un tiro en la cabeza. Otras veces, en cambio, llegaban caminando hasta chocar con la improvisada muralla hecha de piedra y hormigón que bordeaba la ciudad casi por completo. En cualquier caso, el recibimiento por nuestra parte era el mismo: ¡*Bam!*

Como aquella noche la luna estaba casi llena, no nos fue demasiado difícil dar con los otros dos cuerpos que se nos aproximaban. Prieto ya había derribado al más adelantado, pero otro zeta le seguía los pasos unos metros más atrás. El tercer zeta, más rezagado aún, se había quedado bloqueado tratando de salir de una zanja que no tendría más de metro y medio de profundidad. Prieto siempre decía de ese particular comportamiento de los contaminados que le recordaba a los personajes de los videojuegos. Cuando veía a uno de ellos tratando de avanzar, empeñado, mientras un obstáculo le cortaba el paso, se partía de risa y decía: «¡Ahí va otro Súper Mario». Y *bam*: muerto.

El caso es que para cuando Olivera y yo teníamos a tiro a aquellos dos incursores, Prieto ya se nos había adelantado y había volado la cabeza a ambos.

—Tres, uno, cero —dijo el viejo mientras se señalaba a sí mismo, luego a Olivera y por último a mí—. El veterano ha

tomado la delantera de nuevo. —Sonrió, mostrando sus dientes amarillentos.

Todas las veces que compartía guardia con el viejo acabábamos jugando a un juego que había impuesto él mismo, que consistía en ver quién era el que provocaba más bajas. Yo me lo tomaba con calma y no me importaba perder. Prieto, en cambio, se lo tomaba como un asunto de vida o muerte. Toda la competición era mero trámite pues, aunque tenía un cierto talento natural para disparar con puntería —de hecho, lo habría nombrado como mi mayor talento—, ya tenía asumido que Prieto contaba con mucha más destreza que yo, conseguida a base de más años en servicio de los que yo mismo llevaba vivo. Aquella noche yo tenía el marcador a cero y Olivera lo tenía a uno, simplemente porque nos pareció adecuado reservarle el primer contaminado que apareció para que estrenara por primera vez su contador de bajas. Falló dos tiros antes de que una bala se incrustara en su ojo derecho.

Lo usual era que, en toda una noche de guardia, abatiéramos en total a seis o siete zetas. Sin embargo, también era habitual pasar noches enteras sin ver a uno solo. A veces, en cambio, venían en pequeños grupos alertados por el ruido de los disparos y nos divertíamos un poco más, aunque en ningún momento su número llegaba a ser un problema. Creo que la noche que más zetas vi fueron veintidós, y eso en un espacio de unas ocho horas. Aquella noche de primavera llevábamos apenas dos horas de vigilancia y ya habíamos avistado cuatro. La guardia prometía ser movida.

Prieto había empezado a regodearse de su puntuación antes de tiempo, pues yo aún no había quitado aún la vista del horizonte. El viejo la estaba tomando de nuevo con el pobre Olivera cuando me pareció ver que algo se movía detrás de un montículo de tierra y basura apilada. Apunté con mi arma sigilosamente, para evitar que mis compañeros me arrebataran aquel primer punto del día en mi marcador. Esperé unos segundos. Uno... Dos... Tres. De repente, la luz de la luna destelló contra un trozo de tela blanca que apareció tras el

montículo, agitándose rítmicamente. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

Rápidamente, bajé el arma y recogí del suelo los prismáticos. Mis compañeros ya se habían percatado de que me traía algo entre manos cuando conseguí de enfocar a objetivo.

—¿Qué es eso? —preguntó Olivera.

—Parece... Parece alguien haciendo señas —dije.

La imagen aumentada de la lente me permitió ver el movimiento de una improvisada bandera blanca, agitada por alguien oculto tras el montículo.

Según me había contado Prieto —una de las pocas veces en las que su conversación había sido lúcida—, durante los viejos tiempos, los renegados que vivían según sus propias reglas fuera de la civilización a veces se cansaban de su estilo de vida bárbaro y acudían a las puertas de las ciudades liberadas, rogando por ser admitidos de nuevo en la sociedad y poder vivir en paz en territorio seguro. Eso, al menos, era antes. En la actualidad, era poco corriente ver a los renegados pedir asilo; yo jamás había visto a ninguno y tampoco había oído hablar de encuentros recientes con ellos.

Hasta donde sabía, los renegados se habían mantenido durante años encerrados dentro de sus herméticas comunidades, situadas en territorio desprotegido, y su carácter había sido moldeado por los continuos ataques de zetas, luchas internas por el poder y disputas por el control de suministros por parte de otras potencias o tribus. Prácticamente se habían convertido en bárbaros, y era raro que alguno decidiera abandonar su estilo de vida. Sin embargo, aunque mucha gente no estaba de acuerdo, eso no les quitaba el derecho a acudir a nosotros cuando quisieran. De hecho, teníamos órdenes de que cualquiera que lo deseara podía ser admitido en el seno de la civilización y la sociedad. Siempre y cuando acatara nuestras leyes, por supuesto.

El caso es que ver aquel individuo escondido agitando la bandera me puso algo nervioso; como dije, nunca en mi breve experiencia en el servicio militar había presenciado la recogida de un renegado, y mucho menos durante la noche. El protocolo

era conciso en aquellos casos: el equipo de guardia debía asegurar la zona de peligro, salir en busca del solicitante de asilo y entregarlo a las dependencias del ejército. Una vez hecho eso se le hacía un breve chequeo médico y, si salía positivo, su integración pasaba a ser responsabilidad de otros equipos. Si salía negativo... Era mejor no pensarlo. El caso es que, una vez entregado, nosotros volvíamos a seguir a lo nuestro. Simple y sencillo. Sin embargo, lo primero de todo era salir ahí fuera...

Hablamos apresuradamente entre Olivera y yo para ver cuál era la mejor forma de proceder al rescate. Prieto, en su amplia veteranía, nos instó a mantener la calma y a seguir una por una las indicaciones del protocolo de recogida que él, por supuesto, se sabía de memoria. Primeramente, fue el propio Prieto quien puso el grito en el aire e informó al supuesto renegado de que podía abandonar tranquilamente su escondite sin peligro. No abríamos fuego.

La bandera dejó de ondear y vi cómo una figura oscura con las manos levantadas comenzaba a dejarse ver tras las rocas y los residuos del montículo.

—Antes de nada hay que asegurarse de que no es una sábana mecida por el viento —comentó Prieto, con sorprendente cordura—. No sería la primera vez que pasa.

El viejo volvió a alzar la voz para indicar al hombre que permaneciera quieto mientras acudíamos en su busca. Estaba oscuro, pero pudimos ver cómo este respondía con una inclinación de cabeza para confirmar que había entendido el mensaje. Entonces recogimos nuestras armas y abandonamos la azotea.

Pusimos el pie en la calle y nos dirigimos hacia la muralla de escombros que marcaba la frontera entre la ciudad y el inseguro mundo exterior. En cuanto alcanzamos su base, Prieto pidió a Olivera que se adelantara y echara un vistazo por encima del muro antes de continuar, para ver si el renegado seguía en la misma posición. Mi compañero, todavía un poco nervioso, se esforzó por escalar entre las rocas y los metales hasta alcanzar a

duras penas la cima. Una vez arriba, nos hizo una señal con la mano para continuar.

—Soy Prieto. Equipo 18 abandona su posición para establecer contacto con solicitante de asilo. Solicito cobertura a 5 y 22 sobre sector 4B.

Sorprendido, me di la vuelta y miré a Prieto, pensando que hablaba conmigo. Tardé unos momentos en darme cuenta de que hablaba por uno de aquellos aparatos que solo había visto usar en los altos mandos. Un walkie. No sabía que Prieto llevaba uno encima.

Una voz metálica cortó el silencio de la noche.

Confirmado.

Prieto me mostró su amarillenta dentadura y se puso en camino hacia el muro.

No sabría decir cuál de mis dos compañeros tuvo más problemas en abrirse paso entre los escombros; si el viejo o el gordo. De repente, y a pesar de la súbita lucidez de Prieto, me sentí responsable de aquel poco preparado grupo y el miedo empezó a hacerse un hueco en mi estómago.

—¡Vamos Campoy, no te quedes atrás! —oí decir a Olivera al otro lado del muro. Su voz temblaba más que un flan con hipotermia.

Volví en mi ser y alcancé a mis compañeros al otro lado de los escombros lo más rápido que pude, donde ya me estaban esperando. Entonces me tomé unos segundos para recuperar el aliento y dirigí la vista hacia el descampado. La figura del desconocido seguía esperándonos en la misma posición, con las manos levantadas.

—Vamos —dije.

Di el primer paso con el arma preparada y mis compañeros me empezaron a seguir unos pasos por detrás. En teoría, contábamos con la cobertura de otros dos equipos situados en las proximidades por si aparecía algún zeta sin tener la decencia de avisar. Pese a ello, nuestro avance era lento y seguro: las precauciones nunca estaban de más.

Tras lo que me pareció una eternidad, por fin llegamos a unos metros de nuestro objetivo. Estaba empezando a tranquilizarme y considerar la mitad del trabajo realizada cuando comencé a notar algo extraño en la silueta del hombre que se dibujaba frente a mí. Al principio me llamó la atención lo sucio y desgastado de sus ropas, pero pensé que quizá era algo normal en un fugitivo que abandona la barbarie para unirse a la civilización. Después me fijé en las extrañas formas de su cuerpo: estaba ligeramente encorvado y sobre su cabeza se alzaban unos brazos larguiruchos y escuálidos que habrían podido pasar por palos de escoba. ¿Desnutrición? Quizá; había oído hablar alguna vez de la usual falta de seguridad y de alimentos entre las comunidades de los renegados.

Avancé con tiento, pero solo pude dar unos pocos pasos más hasta detenerme súbitamente, bloqueado por el instinto. Una idea pasó rozando mi mente... Pensé que por mucho que hubiese oído historias, aquel tono de piel no podía ser normal, ni aquellos brazos huesudos... ni aquella mirada muerta. Me acerqué un poco más. No; no había lugar a dudas. Aquel individuo era un zeta. Tenía un maldito y roñoso zeta a menos de tres metros de mí. Y no un zeta de conversión reciente que podía hacerse pasar por un alcohólico en un mal día, sino todo un zeta veterano. Por su apariencia, aquel zeta podía llevar años muerto.

No sé cuánto tiempo tardé en reaccionar. Desde luego, mucho más de lo que podía esperarse de una persona sensata, pero mucho menos de lo que tardaron mis compañeros en llegar hasta mí, pues debían haber estado centrados en asegurar el terreno sin saber que el peligro se encontraba frente a nuestras narices.

La cosa es que, para cuando tuve la lucidez de agarrar mi fusil para matar a esa cosa pasó algo inexplicable.

—¡Espera!

Me volví a quedar congelado en el sitio. El contaminado, o el hombre, o lo que fuera... había hablado. Había dicho «espera»

con una voz grave y ronca. Había hablado con un acento extraño y sobrecogedor, pero había hablado como un humano.

El zeta bajó los brazos para cubrirse la cara ante la amenaza de mi fusil. Entonces pasaron unos segundos y, como yo ya no tenía esperanzas de retomar el control de mi propio cuerpo, el individuo, dudoso, acabó adelantando una mano mientras aún utilizaba la otra para cubrirse.

—No dispaes, por favor —volvió a decir, con aquella extraña voz.

Casi se me cae el arma al suelo.

—Por favor —repitió—. Necesito ayuda.